Hace cincuenta años

EL CRIMEN DEL EXPRESO DE ANDALUCIA

Por EDUARDO TIJERAS

Dos ambulantes de Correos, asesinados.—Tres penas de muerte.—El tren iba abarrotado por la Semana Santa de Sevilla.—Modelo de «crónica negra».—Los crímenes, descubiertos en Córdoba.—Indultos denegados.

UN tren en marcha es una escuela de vida, una especie de microcosmos donde se entrecruzan las acciones, los sentimientos y los negocios de casi todos los seres humanos. Proteico escenario rodante, el tren sirve los intereses de la comunidad, funde dialectos y paisajes, circula —por decirlo así— objetivamente en la maraña del turismo, de los parientes separados, de las mercancías removidas, del afán por cambiar de horizontes y, cómo no, circula también objetivamente cuando, según el caso que nos interesa, ciertas exasperadas y torpes ambiciones se concitan para poner todavía más de relieve su propia fatalidad, aunque —todo hay que decirlo— no es precisamente el tren el elemento más «distinguido» por la delincuencia universal, como ocurre con los Bancos y, modernamente, con los reactores en vuelo.

LA EPOCA

De todas maneras, un suceso sangriento que se hizo tristemente célebre hace cincuenta años tomó al tren por protagonista, suceso que empezó a ser conocido en la crónica negra y popular como el «crimen del expreso de Andalucía» y creó una expectación enorme no siempre desligada del morbo horrorizado que los atracos a mano armada y los delitos de sangre muy burdos llevan aparejados.

El «crimen del expreso de Andalucía», las pesquisas policíacas, la captura de los autores, el proceso y la condena a muerte, junto a otras implicaciones, se erigieron en la noticia de más arrebatado interés de la época, caracterizada en lo político por la recién instaurada dictadura de Primo de Rivera, la imposición de un único partido (la Unión Patriótica) y por el repliegue general de las tropas en Marruecos como táctica que culminaría en la afortunada ofensiva del desembarco de Alhucemas y la reducción del cabecilla rebelde Abd-el-Krim. Los señores iban con chistera y bastón y la gente media y pobre con gorras de visera, pero casi todos llevaban bigotes a lo Kaiser. Azorín escribía artículos sobre la España yerta y bella, y algunos se preocupaban por los honorarios del tenor Miguel Fleta. La mística de Semana Santa suavizaba las asperezas del país con su olor a incienso y su piedad fraternizadora.

Automóvil que utilizaron los autores del atraco al expreso de Andalucía para regresar desde Alcázar a Madrid.

EL TREN

El día 11 de abril de 1924, viernes, salió de la estación madrileña de Mediodía, a las 20,20 horas, como era habitual, el expreso que servía la ruta de Andalucía, o tren de Cádiz, con ramificaciones a Málaga y a otras capitales andaluzas. Como dicen los ferroviarios, el expreso no sólo iba «sin hueco», sino que circulaba lleno «hasta los topes», por la sencilla razón de la Semana Santa sevillana, que desde hace tiempo mueve el interés turístico. El interventor del expreso, don Alberto Luengo —hoy pensionista de ochenta y cinco años y habitante en Madrid—, con servicio hasta Vilches, estuvo algo ocupa-

Coche correo en el que fueron asesinados los oficiales encargados de la ambulancia. Momento de sacar los cadáveres en Córdoba, donde fue descubierto el crimen.

do con dos betuneros que viajaban en el techo de los vagones, pero aquella noche de primavera manchega hizo la correspondiente revisión y no encontró nada anormal. El drama concernía a otra unidad del tren.

EL CRIMEN

Esta otra unidad era el coche postal, donde viajaban los ambulantes de Correos, señores Lozano León y Ors Pérez, administrador el primero del servicio de ambulancia Madrid-Cádiz y encargado el segundo de la expedición Madrid-Málaga, que debían ir juntos hasta Córdoba. El primer indicio de que ocurría algo extraño lo tuvieron ya en Marmolejo, al no abrirse la portezuela del coche correo para hacer entrega de la correspondencia. El agente de servicio, que llamó insistentemente, intentó romper el cristal de la ventanilla enrejada, pero no le dio tiempo y el tren arrancó. El jefe de estación telegrafió alarmado a Villa del Río. Igual ocurrió en este punto y en Montoro. Pensaron que los ambulantes se habían dormido.

Por fin, en Córdoba afloró la terrible evidencia. He aquí el texto del oficio que cursó el jefe de estación al juez, elocuente por sí solo: «Al llegar a ésta el tren expreso número 82 de hoy, que lo efectuó a las seis horas, hubo necesidad de forzar la entrada del coche correo que venía en este tren, hallándose en el interior los dos ambulantes muertos por mano airada hace varias horas, según dictamen facultativo, y la correspondencia en desorden con señales de violación, desconociéndose autores y trayecto donde haya podido tener lugar el hecho.—Córdoba, a 12 de abril de 1924».

Uno de los autores del atraco criminal, Francisco de Dios Piqueras, detenido por la Guardia Civil en Pueblo Nuevo del Terrible.

EL BOTIN

Al texto frío y preciso del oficio habría que añadir detalles ciertamente duros. Mejor correr un velo piadoso. Baste anotar que los cadáveres, sobre charcos de sangre, presentaban señales de lucha y pruebas —para abreviar— de que habían sido asesinados por varios procedimientos a la vez, es decir, a golpes, a tiros y, finalmente, asfixiados.

Cualquier crimen es salvaje, mas éste fue salvaje en particular, sañudo, torpe, y la terribilidad innecesaria del asunto llevó a algunos a pensar, entre ellos a Zamacois, cuya novela Memorias de un vagón de ferrocarril presenta el ambiente ferroviario de la época y constituye un buen documento, que en España no existía tradición delictiva de «guante blanco», lo cual tiene su porción de ironía y chispa amarga.

El producto del robo, sin contar algunos despachos de Barcelona y veintitrés objetos certificados para Gibraltar, no alcanzó ni las doscientas mil pesetas. Un botín tan pobre de monedas —judaico— como rico en desmesurado carpetovetonismo. Por este motivo los estamentos de seguridad, inquietos por

la iniquidad del medio social, no vieron otra solución que incrementar la vigilancia en el ferrocarril y en las ambulancias de Correos. Así fue cómo la Guardia Civil empezó a prestar servicio sistemáticamente en los trenes, con derecho a reserva de asiento y otras consideraciones, servicio de salvaguardia que hasta la fecha del espeluznante crimen sólo se venía prestando con carácter esporádico o restringido.

LOS CULPABLES

Cundió un clima tenso. Cábalas, investigaciones, suscripción por las víctimas, autorización oficial —dos días después— para el noticiero periodístico, sospechas, interrogatorios, pistas falsas, redadas de maleantes —todos los «ratas» de tren y despistados hampones trogloditas fueron a la cárcel preventiva—, declaraciones de un churrero, billetes perforados procedentes del asalto, hasta que, finalmente, un individuo buscado por la Policía, ex croupier y luego constructor de jaulas para pájaros —oficio casi «poético»—, se suicidó: Antonio Teruel. Por el humillo de la Star 6,35 que empleó se supo dónde estaba el fuego.

En secuencias de solanesca película arañada por el tiempo fueron detenidos los restantes inculpados: José María Sánchez Navarrete (empleado de Correos e hijo de un teniente coronel), Francisco de Dios Piqueras (capturado cuando huía hacia Portugal con billete de segunda clase en el correo de Badajoz, de cuya presencia, por cierto, dio cuenta el interventor), Honorio Sánchez Molina (fondista y tahur, que pagó en exceso su delito) y otros cómplices de primero, segundo y tercer orden, entre los que se encontraba el llamado «intelectual» del grupo, personaje de tendencias disolutas que se entregó voluntariamente al embajador español en París. Motivos que impulsaron al robo: nada más que la necesidad de dinero fácil.

LOS HECHOS

Muy esquemáticamente, los hechos fueron de la manera siguiente: Navarrete (el «hijo del coronel», decía la gente), Teruel y Piqueras subieron al coche correo del expreso de Andalucía en Aranjuez, con variados pretextos (amistad con uno de los ambulantes, Ors; que el tren iba lleno o mediante la exhibición de pases falsificados, etcétera). De cualesquiera de las maneras, se aposentaron allí, y en los cien kilómetros que separan Aranjuez de Alcázar, en el viejo modelo de vagón ambulante, con dos mostradores y divisiones hechas a base de alambradas, circulando a la zaga del expreso, se consumó el drama. Parece que Antonio Teruel, el constructor de jaulas para pajaritos, desempeñó el cometido más espantoso, pero también es posible que la mudez de su muerte voluntaria cargara con las peores culpas, imposibles de restablecer en su dimensión verdadera. Los criminales abandonaron el tren en Alcázar y regresaron a Madrid en un taxi previamente alquilado. En casa de Teruel acordaron repartir parte del latrocinio y guardar el resto hasta que el cruento episodio fuera olvidándose. Después se dirigieron a la pensión Internacional, donde Molina, el dueño, entró en conocimiento del asunto y percibió seis mil pesetas y unos pagarés.

En la reconstrucción del crimen, un oficial de Correos llama en Alcázar a los ambu

LA SENTENCIA

De aquí a la detención, el escandaloso proceso llevado a cabo por un Consejo Sumarísimo de Guerra (ello en virtud del bando en que se declaró el estado de guerra en todo el país al implantarse el directorio militar de Primo de Rivera, 13 de septiembre de 1923) y a la sentencia de tres penas de muerte y a otras condenas menores para cómplices y encubridores, medió poco tiempo. El atraco criminal se produjo entre el 11 y el 12 de abril. El 9 de mayo todo había terminado. Hubo muchas peticiones de indulto o de conmutación de la pena de muerte. El pueblo a última hora se conmovió ante la inexorabilidad de los acontecimientos.

lantes para recoger la correspondencia.

José María Sánchez Navarrete, Francisco de Dios Piqueras y Honorio Sánchez Molina subieron al patíbulo, instalado junto a un muro de la Prisión Celular madrileña, al aire libre. Alguien pudo captar el acontecimiento en su cámara fotográfica desde una azotea. La imagen apareció luego en los periódicos y, modernamente, también se ha publicado. Hubo, además de las peticiones de indulto, y como todo el mundo imaginará, escenas desgarradoras.

Fue uno de los acontecimientos más debatidos de la crónica negra española, que por haber incidido parcialmente en el ferrocarril y haber tomado su apelativo definitorio del expreso de Andalucía, ha merecido a los cincuenta años este breve aunque necesario recuerdo para la buena marcha de los anales.

Don Alberto Luengo, el interventor del expreso de Andalucía

NUESTRO colaborador Angel del Río se ha entrevistado con don Alberto Luengo, el interventor que en la noche del atraco viajaba de Madrid a Vilches en el famoso expreso de Andalucía. Desgraciadamente, su memoria, por la avanzada edad y una cierta enfermedad que padece, no ha podido recordar con exactitud el triste suceso. El señor Luengo vive en Madrid, cuenta ochenta y cinco años y hace dieciséis que se jubiló, en calidad de jefe de interventores. Sin embargo, la esposa del señor Luengo, doña Asunción Samper Inclán —por cierto, familia lejana de don Ramón María del Valle-Inclán—, rememora algunas circunstancias curiosas de la época.

«¿Recuerda —ha preguntado nuestro colaborador— cómo era el trabajo de su marido entonces?». «Sí, claro. Salía de noche o de día, según el viaje que tuviera que realizar. La mayoría de las veces tenía que dormir durante el día, para poder viajar de noche. Viajaba continuamente, y sólo descansaba un día de cada quince. Nosotros somos los dos madrileños —prosigue doña Asunción—, pero por exigencias de su trabajo tuvimos que trasladarnos a Alicante. Allí, sin hijos ni familiares, yo tenía que quedarme horas y horas sola...». «¿Qué uniforme vestía su marido por aquella época?». «Era azul marino, camisa blanca y corbata negra».

Al hilo de los recuerdos de doña Asunción —dama educada como pocas— van surgiendo más detalles ambientadores. Don Alberto Luengo ganaba unas 250 pesetas mensuales (años treinta) y sentía mucha vocación por el trabajo. Realmente querido por compañeros y jefes, le dieron un emocionante banquete a la hora del retiro. Hace poco tiempo se encontró con un revisor que había estado a su servicio, el cual le comentó a doña Asunción: «El ha sido como mi padre; todos le queríamos muchísimo».

Con respecto al «crimen del expreso de Andalucía», según decimos en otro lugar, don Alberto Luengo se enteró después, ya que los cadáveres fueron descubiertos en Córdoba y, por otra parte, el servicio de nuestro entrevistado terminaba en Vilches. De todas maneras, su presencia es una de las pocas huellas vivas que quedan del nefasto suceso.